



ELEGIA POR ANTHON VALVERDE

POR JOSE MARIA BUSCA ISUSI

Eran muchas las cosas paralelas que yo tenía con Anthon, para que su muerte no fuese una dolorosa lanzada en mi corazón.

Pertenecía, como yo, a esa clase de vascos de corazón, que sin tener los dieciséis apellidos vascos, queremos a esta tierra como el que más.

Se suele decir, que uno es de la tierra en donde suda o de la tierra donde van a enterrarle.

Mourlane Michelena, un gran bidasotarra, nos decía en tiempos de estudiantes en Madrid, que los límites de un país están marcados por las tumbas de sus hijos. Mirando desde este punto de vista, nuestro país es uno de los mayores del mundo.

Valverde se compenetró totalmente con la tierra en la que al final fue enterrado y nos dio muestras claras de ello a lo largo de toda su vida. Tuvo el sentido de la vida y lo expresó a lo largo del tiempo que vivió entre nosotros.

Yo le conocí en el viejo Instituto donostiarra de la calle Urdaneta, siendo ambos estudiantes de 3.º de bachillerato. Allí ya se distinguía por sus pinturas y dibujos. Lo formidable de este hombre es que dio expresión in-

dustrial a esta afición natural suya y se convirtió en un gran industrial guipuzcoano, pero afortunadamente para él y para nosotros, su acción industrial no supuso un empueramiento del ambiente del País, en ninguno de los sentidos en que puede tomarse esta palabra.

En los últimos años conversaba mucho con él en ese magnífico círculo informal que es la Biblioteca de la Diputación de Guipúzcoa. Allí conversaba mucho con él, con Arocena, Milagros Bidegain, Arteche y otros, y... coincidía con él en tantas cosas...

Una vez tuvimos en Zumárraga una cena grandiosa con Gregorio Marañón. Alrededor de él nos reunimos —vamos a decir, como una veintena de intelectuales guipuzcoanos— y entre ellos no podía faltar Antonio Valverde. Sus palabras, siempre mesuradas, centradas, nunca desentonaban aun atinando certeramente al meollo de las cuestiones. Recuerdo que cuando de madrugada nos separamos, mirando nuestro triste paisaje, no pudo menos que exclamar: ¡Qué lástima de pueblo!

Era un enamorado del Valle de Oyarzun. Sus trabajos muchas veces los firmó con el pseudónimo de AYALDE, que lo explica todo.

La Peña de Aya es algo así como un gozne de Europa. Es un doloroso gozne de nuestra tierra. En la Peña de Aya se ha manifestado, durante siglos, uno de los peores pecados de los vascos: el caínismo, y con ferocidad plena.

Instaló su casa en Oyarzun. Y a esa maravilla guipuzcoana de pueblo me fui a los funerales de Anthon. Allí faltaba don Pío para describirlos. Nunca se me olvidó la descripción del funeral de un marino vizcaíno hecha por Baroja en una novela de su trilogía del mar. Anthon se merecía una cosa similar.

Allí pude observar uno de los grandes defectos que tenemos los vascos. Nuestra tendencia a vivir demasiado aislados. Allí, después del último responso, saludé a gentes a las que no había visto hacía tiempo y a las que, seguramente, no volveré a ver hasta que se muera otro amigo.

¡Anthon!, por el momento al menos, buena tierra elegiste para descansar. La tierra más dulce de esta Europa que ahora parece que se ha dado cuenta de las bestialidades caínistas que ha cometido a lo largo de la Historia.

Quizá algún día los de los «sagrados intereses económicos» dejen a tu valle, Anthon, tan poluto como una mancebía, que también, por lo que se dice, da mucho dinero.

Valverde sentía como nadie la necesidad de dar testimonio de su tiempo, y por eso pintaba y pintaba mucho y bien.

Por eso quedan sus cuadros de personajes vascos, con los que la Caja de Ahorros Municipal de San Sebastián tuvo la buena ocurrencia de recordar en un cuadro. Casi me daba risa cuando Valverde quería documentarse sobre algún personaje del cual iba a hacer su retrato. Todo era preguntar y mirar. Y al final, todo aquello se reflejaba nada más que en una mueca o un gesto del personaje histórico.

Pero volvamos al principio. Valverde dio a todos la gran lección de que aunque uno no tenga todos sus cromosomas vascos, puede ser tan vasco o más que la mayoría.

Ser vasco no es tener dieciséis apellidos vascos. Esto será en un sentido zoológico. Ser vasco, sentirse vasco, es otra cosa. Es sentir como este viejo pueblo, el más viejo inquilino de esta Europa remozada, y actuar en todos los aspectos de la vida de la misma forma que, en conjunto, actuó este pueblo a lo largo de la Historia.

Se nos fue cuando todavía todos esperábamos mucho de él. Somos cristianos y de sobra sabemos lo que debemos hacer en estos tristes casos: «Aita gurea...», y como decía el gran Lizardi: AGUR LAGUN, EGUN AUNDIARTE.